

Encontrar Terreno Común: Nuestra Señora de Guadalupe

Vi Pamela G Thomas

Translated by Natividad Morales

Fue en diciembre de 1531, el año en que el cometa Halley atravesó el cielo— cuando Juan Diego se dirigía a misa, pero se detuvo en Tepeyac para escuchar pájaros cantores. Oyó a una mujer llamarlo por su nombre y, hablando en su lengua materna, náhuatl, le hizo señas en la cima de la colina. Se identificó como la siempre Virgen María, Madre del Dios verdadero. Pidió que se construyera una iglesia en su honor en esta colina y le dijo que le contara al obispo acerca de su petición.

Juan siguió sus instrucciones, pero se encontró con el obispo y fue rechazado dos veces. Finalmente, el clero le dijo que proporcionara una señal para probar que esta petición provenía de la Santísima Madre. Regresó a la cima de la colina le rogó y le pidió perdón a la Santísima Madre porque no era digno de completar su petición, pero ella le preguntó, qué más podía necesitar que su apoyo.

En cuanto a una señal, ella le dijo que recogiera las hermosas rosas que habían florecido, unas que no eran familiares para la zona de Tepeyac, pero bien conocidas por el clero europeo como rosas castellanas. Recogió las rosas en su tilma, su capa campesina hecha de fibras de agave, y regresó al obispo. Cuando abrió su tilma y las flores cayeron al suelo, se hizo visible otra señal: en su manto estaba la imagen de la Santísima Madre, Nuestra Señora de Guadalupe.

La imagen milagrosa que apareció en la tilma de Juan Diego, esta expuesta hoy en la Basílica de Guadalupe en la Ciudad de México. Si uno recuerda la narración y explora los símbolos en la imagen de La Basílica, se convierten en una oportunidad no sólo para orar con la Virgen, sino para buscar sus oraciones por nuestras intenciones.

Su apariencia y palabras tranquilizadoras fueron importantes para Juan Diego y muchos otros que habían sufrido la violencia de la guerra y la conquista.

Que no estoy aquí, ¿yo, que soy tu madre? ¿No estás en el regazo de mi pecho, en la sombra de mis ojos? ¿No soy yo tu fuente de protección? ¿No estás acunado en mi manto, acurrucado en el cruce de mis brazos? ¿Hay algo más que te aflige o necesitas?

Habló del seno de su manto, una frase que tradujo en náhuatl como lugar de protección, y del cruce de sus brazos, un movimiento que defiende, renueva y da vida. Estas fueron palabras de apoyo a un pueblo derrotado.

Así como sus palabras tenían sentido, la imagen en su tilma ha estado comunicando durante casi 500 años a la gente de las Américas. Su poder está en su capacidad de ser comprendido por diversos pueblos: europeos, el azteca y la nueva cultura emergente, Mestizo, que podrían encontrar un terreno común a la imagen y las palabras de María.

En la imagen de 4 pies y 8 de altura, la joven lleva una faja oscura alrededor de su cuerpo, una faja de fertilidad tradicional. Está embarazada, y esta condición física creativa representa la fecundidad. Para el espectador cristiano, esto es un signo de la encarnación: ella contiene lo incontenible.

La faja envuelve su vestido de color rosa, lleno de un diseño estilizado de hoja y roseta que honra el campo circundante; el color refleja la rosa roja del martirio y el paraíso eterno.

Ella no es una abstracción, un ideal de mujer. Los pliegues en su vestido revelan una rodilla doblada a mitad de paso. Ella no sólo solicita acción de Juan Diego, sino que afirma su propia participación: su compasión, su capacidad para escuchar las necesidades de los demás y responder. La teóloga Jeanette Rodríguez escribió: "Ella no les da la voluntad de sufrir bajo la injusticia, sino la voluntad de continuar la lucha". Otros ven su movimiento como una afirmación del poder de la peregrinación, del camino de los fieles en soledad o en comunidad para buscar una resolución a las luchas de la vida.

Un manto está sobre su vestido, de diseño simple, no una capa para la realeza, sino uno similar a los usados por las mujeres de la región. Su color y diseño conecta culturas. Para los europeos, su manto es el azul celestial de la eternidad con las estrellas de ocho puntas dirigiéndolos de vuelta al bautismo y la regeneración. Para un nativo, el color recuerda las plumas de un pájaro de las tierras altas utilizado por los nobles y poderosos, y las 48 estrellas colocan a la Virgen al alcance de las poderosas deidades aztecas.

Dos de estas deidades se muestran con ella: el sol y la luna. Sin embargo, los rayos del sol detrás de ella y la luna a sus pies traen el mensaje de que ella no sólo está al alcance, sino más allá de su alcance, ya que es más poderosa que el sol y la luna aztecas. El juego de palabras de un cristiano tendría los rayos del sol detrás de la Virgen como el Hijo apoyando a la Madre. Mientras que para todos los pueblos, la luna creciente presagia el movimiento cíclico del tiempo, el destino, la muerte y el renacimiento.

La Virgen parece joven, reflejando una tradición que representa el alma más pura con el rostro de un niño. Su rostro justo contrasta con la mirada seria del ángel que la eleva hacia los cielos. No es el querubín regordete del artista Rafael; más bien su expresión determinada crea drama y requiere consideración. Hasta sus plumas envían un mensaje. Son las coloridas plumas de las aves apreciadas por las ceremonias y usadas para significar poder y prestigio.

Las plumas blancas del pelicano, el rey de todos los pájaros, el verde del quetzal utilizado en el tocado de un líder y el rojo ardiente del guacamayo, hacen hincapié en el honor del que lleva este ángel. Estos colores —rojo, verde y blanco— se convertirían en los colores de la bandera nacional de México.

Volviendo a la luna creciente y entendiendo los ciclos, 1531 fue significativo para el pueblo azteca. Nuestra Señora de Guadalupe apareció al final del antiguo ciclo de Venus y durante el perfecto 13th año después de la llegada de los españoles. Apareció en un momento de sus ciclos de vida cuando la gente esperaba algo.

En el entendimiento cristiano, algo nuevo se explica a menudo a través de las Escrituras que se encuentran en Apocalipsis 12: "Un gran signo apareció en el cielo, una mujer vestida con el sol, con la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de 12 estrellas. Estaba embarazada y a punto de dar a luz".

La devoción y el respeto por este signo llevaron al Papa Juan Pablo II a declarar a Nuestra Señora de Guadalupe Patrona de las Américas, bajo cuyo cuidado pedimos protección y oraciones. Ella se para frente al sol y sobre la luna. Muchos afirman que ella es más poderosa que estos dioses antiguos, pero ella no es la que debe ser adorada.

Ella suavemente se mantiene inclinada, con respeto, por el que es más poderoso que ella, el que respondió a la llamada de Dios.